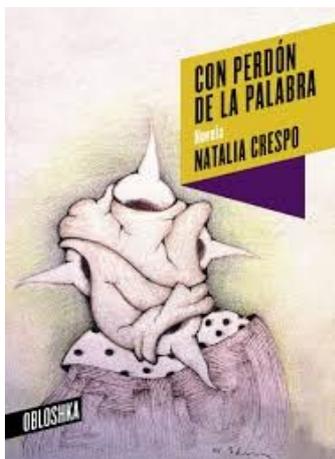


//Reseñas//



***Con perdón de la palabra***

Natalia Crespo

Obloshka

2019

**Damián Lima<sup>1</sup>**

Recepción: 13 de febrero de 2020 // Aprobación: 30 de marzo de 2020

Aquellos lectores que estén en la búsqueda del costado más osado y original de la narrativa Argentina contemporánea es posible que se encuentren concluyendo en un par de noches una lectura magnética, cautivante, que, reproduciendo el destino de su pobre protagonista, nos encierra entre sus páginas y no nos deja escapar: la novela *Con perdón de la palabra*, de Natalia Crespo.

En principio, podría pensarse como una libre adaptación moderna y bonaerense del clásico español *El Lazarillo de Tormes*, quizá con el ala oscura de algún *obsceno pájaro nocturno* revoloteando entre líneas y con momentos que recuerdan al retorcido mundo de la película *Freaks* (1932). Sin embargo, la historia de Muñón, contada a través de treinta cartas (más una de presentación) destinadas a una jueza, se construye como un universo autónomo donde conviven, enmarañados en la particular psicología del personaje-narrador, lo elevado y lo bajo, el amor y la pérdida, la ternura y el abuso, la realidad y el engaño, el lenguaje erudito arcaizante y la puteada callejera del barrio, la escena escatológica y el momento de alto vuelto filosófico y poético.

Desde un tiempo presente en el que Muñón, el protagonista, se encuentra recluso en el cotolengo Santa Catalina, pasando sus días entre el encierro y los paseos por el jardín, observando cómo se deshoja el árbol de la vida, reconstruye a través de la escritura algunos momentos, quizá

---

<sup>1</sup> Estudiante de la Licenciatura en Letras de la Universidad Nacional de La Plata. E-mail: damianlima(arroba)gmail.com

los más significativos, o los más esclarecedores de su historia personal, con el objetivo de ganarse el beneplácito de la jueza que ha determinado su prisión. El pasado emerge cronológicamente en las cartas con increíble exactitud, recreando una vida trágica y marginal a través de un humor socarrón, originalísimo, negro por momentos, irónico por otros, un tanto indiferente a veces, propio de aquel que cuenta sin disfraces ni fingimientos –luego de mucho disfrazarse y fingir– porque ya no tiene nada más que perder.

La historia de Muñón narrada por él mismo aparece dominada por la pérdida. Desde el vamos, comienza su vida con dos importantes carencias: sus pies y su nombre. Porque “Muñón”, que describe visualmente la forma en la que terminan sus miembros inferiores, y que además parece provenir de una deformación coloquial del apellido Muñoz, no es un nombre, ni una forma de identificación que le permita ser tomado en serio, sino una más de las desventajas con las que carga desde su nacimiento, a modo de gran burla cósmica. Si a esto sumamos su pobreza económica, su marginación social y el desamparo en que lo tiene su familia, entonces comprenderemos que no le sea fácil desviar su destino del sendero de la tragedia. Sin embargo, Muñón lo intenta: a través de la educación formal y de la lectura, primero; desempeñándose en una serie de trabajos, después; y por último, como no podría ser de otro modo, a través del gran redentor: el amor. Pero, nada de esto sirve: los condicionamientos económicos, la exclusión social y las acciones nefastas de quienes lo rodean se unen como eslabones de una cadena que concluye en los grillos del preso. Un padre borracho, ausente, que lo obliga a robar, una madre idiota y desinteresada, una hermana prostituta, un párroco y maestro que abusa sexualmente de él, un compañero de trabajo que lo traiciona, un director de centro de discapacitados que lo usa para obtener subsidios: esta es la caterva de personajes que envuelven al protagonista y que le arrebatan, una por una, sus opciones y sus oportunidades. Así, la existencia de Muñón se materializa como una sucesión de pérdidas: los pies, el nombre, la educación (formal e informal), la familia, el hogar, el habla, la personalidad, la libertad callejera, y en última instancia, el amor y la libertad por completo.

Una de las creaciones más originales de Crespo es esa especie de “bipolaridad lingüística” con que ha dotado a su criatura narrativa. Muñón emplea alternativamente un lenguaje culto, letrado, poblado de arcaísmos y refranes, a la vez que una jerga de la calle, coloquial, soez, donde prospera la puteada (con perdón) y lo ordinario. Así, en la misma voz conviven los “Su Señoría” y “Vuestra Merced”, con los “puto del orto” y “agarrame esta”, la “negrura helada de la noche” con el “acababa de cagarse encima”, el “orlarán su preclara testa” con un “metete el alpiste en el culo”. La misma lógica se replica en la creación espontánea de versos que ensaya por momentos el

protagonista: su versatilidad expresiva le permite declamar en sílabas amatorias: “Nadando vengo por el océano del deseo, deja que me arrime, Estefanía, al dulce puerto de tu castidad” (Crespo, 2019: 161), al mismo tiempo que bromear socarronamente: “Me extraña sobremanera cartel tan estrafalario, la empresa saber debiera que el culo no tiene horario” (107). Algunas de las líneas más hilarantes aparecen como interrupciones al tratamiento educado y cortés que el remitente tiene para con la magistrada, generalmente en forma de preguntas fuera de lugar, tales como: “¿Le ha metido alguna vez el dedo en el ombligo al Dr. Lavallo?” (121), o “¿La pescaron alguna vez en escenas de amor clandestino a la señora Juez?” (125). *Derrapes*, diríamos usando la jerga de Muñón, excesos en el relato que bien buscan conmover la empatía de la jueza, haciéndola ponerse en su lugar, o que, intencionalmente, de forma burlona e insolente, pretenden acercarla a lo más burdo de su mundo cotidiano, igualando de esta forma las condiciones de ambos.

Esta duplicidad que se presenta en el empleo del lenguaje del protagonista es también, a grandes rasgos, la forma en que se organiza narrativamente la novela. Como ya hemos sugerido, los momentos grotescos o irreverentes se traspapelan con otros sublimes o poéticos. Las deposiciones, los deshechos, por ejemplo, pueden ser parte de una escena escatológicamente cómica –con sutiles señales de un mensaje que va más allá– como cuando Muñón toma la mano de la licenciada Vélez para terminar con las dificultades de su constipación. Pero también pueden aparecer como parte de una lúcida teoría teológico-filosófica, suerte de *cosmogonía muñonezca*, llena de poesía, de pensamiento, de crítica social, en cuyo interior también se despliega una misma duplicidad existencial, y que citamos por parecernos uno de los fragmentos más bellos e interesantes de la novela:

Todos somos, al fin, los aros de humo del porro que se ha fumado el creador. (...) Pero, como sabemos, en el camino que va de la boca divina que nos expele a la evaporación total, hay quienes tienen la suerte de danzar con facilidad, hasta con gracia yo diría, pues les ha sido dada una alfombra de plumas de ganso para deslizarse como por un tobogán. Otros, sin embargo, los más yo creo, reptamos el aire cuesta arriba como si fuera hecho de bosta y clavos, muertos de frío, porque han usado nuestras plumas para armar la alfombra de los de arriba. (Crespo, 2019: 30-31)

Otro interesante recurso narrativo empleado en la novela es el de desacralizar, a través del absurdo y del humor, situaciones que bajo otras circunstancias podrían ser nobles o solemnes. Un ejemplo de esto se da en torno a la primera vez que su amada Estefanía le dice al protagonista “amor”. La escena es genial, hilarante en su totalidad. En otro mundo que no fuera el de Muñón, la

mirada de ojos verdes, el ruido del reloj de fondo y la declaración amorosa sugerirían una clásica escena romántica. Aquí, sin embargo, en este sórdido universo magistralmente construido, ambos personajes están metidos en un baño, Muñón recién ha cometido un robo y se está haciendo pasar por idiota, emitiendo sonidos guturales como “grrrrr” o “oink”, y el ruido de fondo no es más que el goteo de una canilla que pierde, “ese reloj de cuerito roto” (164). Sin embargo, una de las escenas más lograda de toda la novela, donde Crespo conjuga con gran habilidad narrativa erotismo, grotesco y humor es la del encuentro amoroso entre Muñón y Estefanía durante la clase de computación. Aquí nuevamente, un primer acercamiento amoroso –que por momentos plantea la duda sobre un posible acoso– se desenvuelve lentamente a través de una suave intensidad táctil y de pura imaginería erótica, pero el ensueño extasiado de los personajes se interrumpe continuamente por los comentarios del profesor de computación y las acciones absurdas de los compañeros de clase, que se balancean, mastican pochoclo, aletean como colibríes o entonan cantitos de hinchada de fútbol. Este nos parece, sin duda (y sin fanfarria) uno de los fragmentos trabajados con mucha inteligencia, donde la autora despliega una prosa poética, sutil, demorada, táctil y altamente visual, con imágenes que aguijonean la imaginación y nos hacen sentir, tal como dice en otra parte Muñón, “en el cuerpo, como ínfima acupuntura, los efectos de [sus] letras” (94).

Con perdón de la palabra es una novela impactante, con toda la potencia de lo políticamente incorrecto para mostrar realidades incómodas, regiones marginales, personajes escindidos, corroídos, mutilados, todo esto deformado a través del prisma del humor, un tipo de humor muy original y particular, ácido, corrosivo, que trastoca las situaciones, desarma todas las normas y desnuda lo disfrazado, revela lo encubierto y desacraliza lo cotidiano. Una historia que desborda los márgenes de la novela y de la escritura ficcional, llevándonos a repensar concepciones e ideas acerca de la sociedad moderna, el capitalismo, las instituciones y la vida en los recovecos invisibles de las ciudades. Planteos y reflexiones que afloran entre los pliegues de una narración única, original, descarnada y cruda por momentos, sensible y evocativa por otros, llena de pensamientos profundos, de escenas hilarantes, de mensajes cargados de crítica social, y que encierra en cada una de sus páginas una vida fallida, intensa; la historia “de lo que podría haber sido y no fue” (218).